

La profesora Socorro Girón y su salón extramuros

Otto Sievens Irizarry
Catedrático Jubilado
Pontificia Universidad Católica de Puerto Rico en Ponce

Resumen

Socorro Girón fue profesora de español en la Universidad de Puerto Rico en Ponce. Durante el año académico 1974-1975 tuvo varios alumnos que se convirtieron en “hijos postizos”. El ensayo recoge las experiencias extracurriculares de su discípulo Otto Sievens Irizarry. Durante las visitas a varios pueblos como Vieques, Utuado, Jayuya, Yauco, Guánica y San Juan, la educadora les presentó a sus alumnos conocidos escritores, historiadores, educadores y poetas puertorriqueños con el propósito de ampliar sus horizontes culturales.

Palabras clave: Socorro Girón, Otto Sievens, Universidad de Puerto Rico en Ponce, Magisterio, Anecdótico

Abstract

Socorro Girón was a Spanish professor at the University of Puerto Rico in Ponce. During the academic year 1974-1975, she had several students who became "hijos postizos" (sort of surrogate children). The essay collects the extracurricular experiences of his disciple Otto Sievens Irizarry. During visits to several towns such as Vieques, Utuado, Jayuya, Yauco, Guánica, and San Juan, the educator introduced her students to well-known Puerto Rican writers, historians, educators, and poets with the purpose of broadening their cultural horizons.

Key words: Socorro Girón, Otto Sievens, University of Puerto Rico at Ponce, Magisterium, Anecdote

Los cursos de español avanzado de mi bachillerato me los ofreció la profesora Socorro Girón en el otrora Colegio Regional de la UPR de Ponce. Durante el semestre de agosto a diciembre de 1974 me impartió el curso de Español 202 y en el semestre de enero a mayo 1975 me impartió el curso de español 212. En 1975 obtuve el Grado Asociado en Artes. Doña Socorro asistió a los actos, pero no desfiló con

vestimenta académica. Ella comentaba que no le gustaba “vestirse de murciélago”.

En el salón de clase aprendí muchas etimologías, chismes literarios y fui testigo de los ataques de risa que le daban a la profesora. Yo también me reía mucho y ella decía que me había contagiado de “pulmonía en los dientes”. Sin embargo, el verdadero aprendizaje se

dio fuera del salón de clase. A un grupo de sus estudiantes nos proveyó de experiencias extracurriculares. Recuerdo a Nydia Lucca Irizarry, Carlos Juan Caggiano Román, Nilda Ghigliotti Velázquez y Helen J. Yordán Rodríguez. Excepto Caggiano que es juanadino, los demás somos de Guayanilla.

En 1974, luego de que su hijo Onofre se casó, ella se divorció de don Onofre Segura Limardo. Pasando la criba del tiempo, hoy pienso que nuestra compañía y las excursiones le sirvieron de terapia. Con el grupo fuimos a la playa de Guánica y a la Playa El Combate. Ella decía que tenía su piel “color del tocino”. Excursionamos por el fortín de Guánica y por la Piedra Escrita de Jayuya. Visitamos, también, el Cementerio Santa María Magdalena de Pazzis en San Juan. Allí visitamos la tumba de José Gautier Benítez. Ella siempre afirmaba que si queríamos conocer un país había que visitar la plaza del mercado y el cementerio.

No llevé una bitácora de los viajes, pero afloran a la memoria algunos de los que fui partíciple, gracias a que le servía de chofer.

Doña Socorro era experta en la vida y poesía de José Gautier Benítez. La relación con los Benítez era de familia. Nos llevó a conocer la familia del poeta que vivía cerca de la sinagoga judía en El Condado. Posteriormente, le notificaron que doña María Benítez Gautier, la hija del poeta estaba en artículo de muerte a sus 99 años. Me lo compartió y yo le dije: “¡Vamos!”, allí fuimos. La rodeaba su familia: María Javiera, Jorge y Sor Clemencia y algunos familiares. Los nietos del poeta era de apellidos Benítez Gautier. Sufrieron la mancha de la endogamia.

María Javiera era sorda. Jorge era ciego. La única sin discapacidad era Clemencia, y se metió a monja. María Javiera casó con el reconocido médico don Ramón Suárez, dueño de la Clínica Mimiya en Santurce. Gracias a esa relación de familia, doña Socorro hubo de ser hospitalizada en varias ocasiones y se le brindaba el cuarto reservado a la familia o a huéspedes distinguidos.

En el Condado también nos llevó a conocer a la anciana doña Concha Meléndez, experta en literatura hispanoamericana y quien había sido condecorada con la medalla Andrés Bello. Recuerdo que en la sala de la casa presidía un retrato de José de Diego. Yo le llevé el libro *Amado Nervo* (1971) para que me lo autografiara (1 de agosto de 1979). Cuando nos despedíamos doña Socorro le solicitó un consejo para nosotros. Caggiano recuerda con mucha emoción la bendición que nos echó: “Que Dios los haga buenos y libres”.

En un viaje a Utuado nos llevó a conocer al poeta Guillermo Gutiérrez Morales, un poeta utuadeño muy reconocido. Desde su casa se divisaba el Pico Morales, afirmando la presencia en la Ciudad del Viví. Cuando doña Socorro fue directora de la Editorial del Departamento de Instrucción publicó *Sonetos puertorriqueños* (1968), donde recogió los sonetos indios de Gutiérrez, los sonetos blancos de Evaristo Ribera Chevremont y los sonetos negros de Fortunato Vizcarrondo.

Un día de 1977 llegamos hasta el barrio Cubuy de Canóvanas. Allí visitamos al escritor René Marqués y a don José Lacomba. Me impresionó que, en el salón biblioteca, en el piso, había una docena de galones de cristal de ron

Don Q vacíos. Ese día aproveché para que me autografiara sus libros.

En otra ocasión la llevé al Hogar Carmelitano en la avenida 65 de Infantería en Río Piedras. Allí fue a saludar a don Vicente Géigel Polanco, autor de *La farsa del Estado Libre Asociado*. Otras visitas las realizó con Carlos Juan Canggiano, quien tuvo la dicha de recibir una crítica del libro antes aludido de puño y letra de Géigel. Cuando murió don Vicente, lo velaron en el Ateneo Puertorriqueño. Ese día yo estaba en gestiones de mi trabajo en San Juan y aproveché para ir al velorio. Allí estaba doña Socorro junto a la profesora Norma Piazza.

Una visita memorable fue la que hicimos a Nilita Vientós Gastón, en la Calle Cordero #55 en Santurce. En esa casa predominaba el color blanco en las paredes y en los muebles de mimbre. La casa era una biblioteca. Había libros en el laundry, en la cocina y hasta en el cuarto de baño.

Cuando a la artista plástica María Emilia Zomoza, alias “Miyuca”, la nombraron para trabajar en el Instituto de Cultura, acompañé a doña Socorro a San Juan y tuve el honor de conocerla.

En varias ocasiones coincidimos en casa del poeta yaucano don Francisco Lluch Mora. Don Pancho era conocido de mi familia. También compartimos con el doctor Marcelino J. Canino quien fue mi profesor. Canino se hospedó en casa de doña Socorro en ocasión de venir a Ponce a dictar varias conferencias. Doña Socorro, cuidando su reputación, me pidió que también pernoctara en su casa.

En 1980 la acompañé al Primer

Congreso de Creación Femenina en el Mundo Hispánico celebrado en el Recinto Universitario de Mayagüez. Allí tuve oportunidad de conocer a la Dra. Loreina Santos Silva, directora del Congreso.

En un viaje a Arecibo pasamos por la casa de doña Trina Padilla de Sanz. “La Hija del Caribe” como e le conocía, había muerto en 1958 y se carteaba con doña Socorro. En ese pueblo vivía la familia política de Bernado Segura Girón: los Toro-Figueroa. También tuve oportunidad de conocer a los abuelitos maternos de su nuera Frances. Estuvimos en Pueblito Nuevo de Lajas en casa del contable don Arcadio Figueroa. También la acompañé al funeral de este último.

En otro viaje estuvimos en Fajardo en casa de unos amigos. Paramos en San Juan. Fuimos a Isla Verde al Hotel San Juan donde trabajaba Justine Rodríguez Torres, hermana de madre de doña Socorro. Allí la conocí. Posteriormente, llevé a doña Socorro a su velorio en Bayamón y a su entierro en el Cementerio Los Cipreses.

Otro familiar fue Carlina Torres Duén, quien vivía junto a su esposo de apellido Aguayo, en la Urb. Villa Grillasca, en la Avenida Las Américas. Supe que Carlina casó mayor y doña Socorro siempre la amparaba. Le ayudó a gestionar su vivienda y la enterró en el Cementerio La Piedad de Ponce.

Doña Socorro tenía relaciones de hermandad con la familia Descartes Vilaró. Salvador Descartes (Chiqui) y su esposa, la enfermera Margarita (Margot) Vilaró, fueron sus vecinos en la Urb. Santa María de Ponce. Margot fue su

compañera de viaje a Grecia y a otros lugares. Era la enfermera que administraba las inyecciones de hierro para aliviar la anemia que padecía Socorro. En una ocasión, ante la ausencia de Margot, me convertí en su enfermero.

Otra amiga fue doña Herminia del Valle¹ y su vecina Norma Acosta, residentes en la Urb. Constancia de Ponce. Doña Herminia había sido enfermera. Como anécdota de ella, recuerdo que no iba a las tiendas Pitusa porque no quería que la confundieran. Doña Socorro me explicó que, a principios de siglo XX, el escritor Luis Bonafoux publicó una novela llamada *El avispero* (1905), donde el personaje principal era “pitusa”, un eufemismo utilizado por las personas mayores para designar a una prostituta. Por otro lado, Norma Acosta fue la primera conserje reclutada para el Colegio Regional de la UPR en Ponce en 1970. Posteriormente, guiaba un taxi y ella fue quien llevó a doña Socorro por primera vez a mi casa en la Urb. Stella de Guayanilla.

En una ocasión, fuimos a Vieques acompañados de mi maestro y vecino Francisco A. Padilla. Allí nos allegamos al Archivo Parroquial de Vieques y solicitó el acta de matrimonio de José Gautier Benítez con su prima Cecilia Benítez Longpre (1880). Ella tenía el dato, pero quería que yo viera el libro. En otra ocasión, la acompañé al Archivo Parroquial de Yauco. Quería saber si don Clemente Millán, actor en los sucesos de Lares, de 1868 estaba bautizado allí.

Pasaron los años y la relación siguió cultivándose. La llevé a los actos de su graduación doctoral en 1981. Ese mismo año comencé como profesor a

tiempo completo en la Universidad Católica de Puerto Rico y cesaron los viajes. Ella vivió obsesionada por reeditar la obra completa de Luis Bonafoux y siguió compartiendo los viajes y escribiendo hasta llegar a los “Cerros de Úbeda”.

Esporádicamente le llevaba mis escritos para que los revisara y me daba orejitas de redacción. Ella me dedicó un poema que se publicó en *Tierras paralelas* (1977), y, para mi libro *Estampas de Guayanilla* (1979) ella realizó uno de los prólogos.

En octubre de 1981 la acompañé al Viejo San Juan a la oficina de Washington Lloréns. Posteriormente, le envié al escritor mi librito *Estampas de Guayanilla*.

En varias ocasiones visitamos el municipio de Coamo. Asistimos a una ceremonia de recordación de los soldados españoles muertos durante la Guerra Hispanoamericana efectuada en el cementerio viejo. Otra visita fue con motivo del homenaje que el Círculo de Recreo ofreció a don Ramón Rivera Bermúdez, historiador de Coamo.

Una experiencia impactante la puedo titular el cuento de “La guayabera”. El Museo de Arte de Ponce celebró en 1984 una retrospectiva del maestro Francisco Rodón, destacando sus personajes. El pintor le extendió una invitación a la profesora Girón. Doña Socorro se excusó indicando que ella no salía de noche, que tendría que ir acompañada. El pintor, muy galante, le contestó: “Tú y tu acompañante son mis invitados de honor”. La noche de la actividad utilicé una guayabera blanca de manga larga, con adornos de hilo mercerizado marca “Christian Dior”, que

había comprado en la tienda “Clubman”. Estaba en el vestíbulo cuando se me acercó un guardia de palito, contratado para la ocasión, y me indicó que yo no estaba adecuadamente vestido; que, por favor, me retirara de la actividad. Se me cayó el mundo. Se lo dije a doña Socorro. Ella contestó: “Si se va usted, me voy yo”. Fui a consolarme con don Eugenio Ruberté, Don Geño, el empleado de confianza por más de treinta años de los Ferré y con quien me relacioné, ya que fui guía del Museo de 1967 a 1973. Don Geño me ripostó: “De ninguna manera; usted se queda aquí”. Empezó a llegar mucho público donde sobresalían damas ponceñas recién salidas del salón de belleza “Deluxe”, que exhibían sus tintes azules lavanda, sus prendas y, aunque nadie lo crea, “abrigos de visión”. Estaba lleno a capacidad el vestíbulo cuando llegó don Luis A. Ferré, quien estaba recién casado con doña Tiody de Jesús. Don Luis se presentó en guayabera, de color claro, con mancuernas de rubés. Doña Socorro fue a recibir a los esposos. Le plantó un beso a don Luis y, de momento, se volteó donde el guardia y le increpó: “Bota a este. A que no te atreves”. Inmediatamente después, le contó a don Luis que habían botado a su hijo porque estaba en guayabera. Me gritó para que me acercara; yo estaba escondido detrás de las escaleras. Me presenté. Doña Tiody le recriminaba a don Luis por su vestimenta. Don Luis decía: “Pero si yo vengo para mi casa”. Hubo murmullo entre los presentes; la mayoría de ellos no frecuentaba el Museo. Entre los ofendidos estuvo el Dr. René Taylor, ciudadano inglés, quien ejercía como Director del Museo. Decía en su español “atravesao”: “¿Quién carajo me dice a mí que para venir a mi trabajo no puedo venir en guayabera?”. Resultó la

comidilla, que se ventiló en el programa radial que tenía la pintora Jeanette Blasini Lluberas en la emisora WPAB. La situación llegó a oídos del pintor, quien nos envió excusas y una invitación para visitarlo en su taller. Pasaron los años y me tocó presentar la semblanza de don Luis A. Ferré en una actividad². Vino un fotógrafo de *El Nuevo Día* a cubrir el evento. En un aparte, me solicitó le identificara a los fotografiados. En eso, me hizo el siguiente comentario: “Ay, virgen, yo que me vine en mahones, to’tirao y aquí botaron a uno que vino en guayabera”. Yo le contesté: “¡Ay, amigo, nunca nombre la sogá en casa del ajorca, que eso fue a mí”!

El 27 de diciembre de 1979 estuvimos en casa del Dr. Salvador Arana. Ese mismo día coincidimos con el investigador don Gustavo Casanova Laforet, interesado en aquel momento en la vida del caborrojeño Salvador Carbonell. Doña Socorro le escribió una carta de la cual me incluyó copia, y comparto el segundo párrafo:

Tengo unos cuantos exdiscípulos que son algo así como hijos a quienes quiero dejar, por falta de algo mejor, una serie de experiencias y de enseñanzas sobre la técnica de la investigación histórico-literaria así como algunas actitudes hacia la vida que es, como usted sabe, la mejor universidad. La rectitud, la entereza moral, son tesoros que no pueden evaluarse ni medirse. Otto vale mucho, es muy inteligente, muy estudioso, muy trabajador. Jóvenes así son los que hay que ayudar a encauzar por los mejores

caminos según nuestro criterio. No vale la pena sembrar en terreno baldío donde nada habrá de dar fruto. El que es maestro lo es siempre y se ocupa no solo de enseñar una materia si que también de preparar a sus educandos para la vida. Hombres y mujeres verticales necesita siempre un país, y el nuestro, ahora más que nunca. Claro está que ese “ahora” es siempre³.

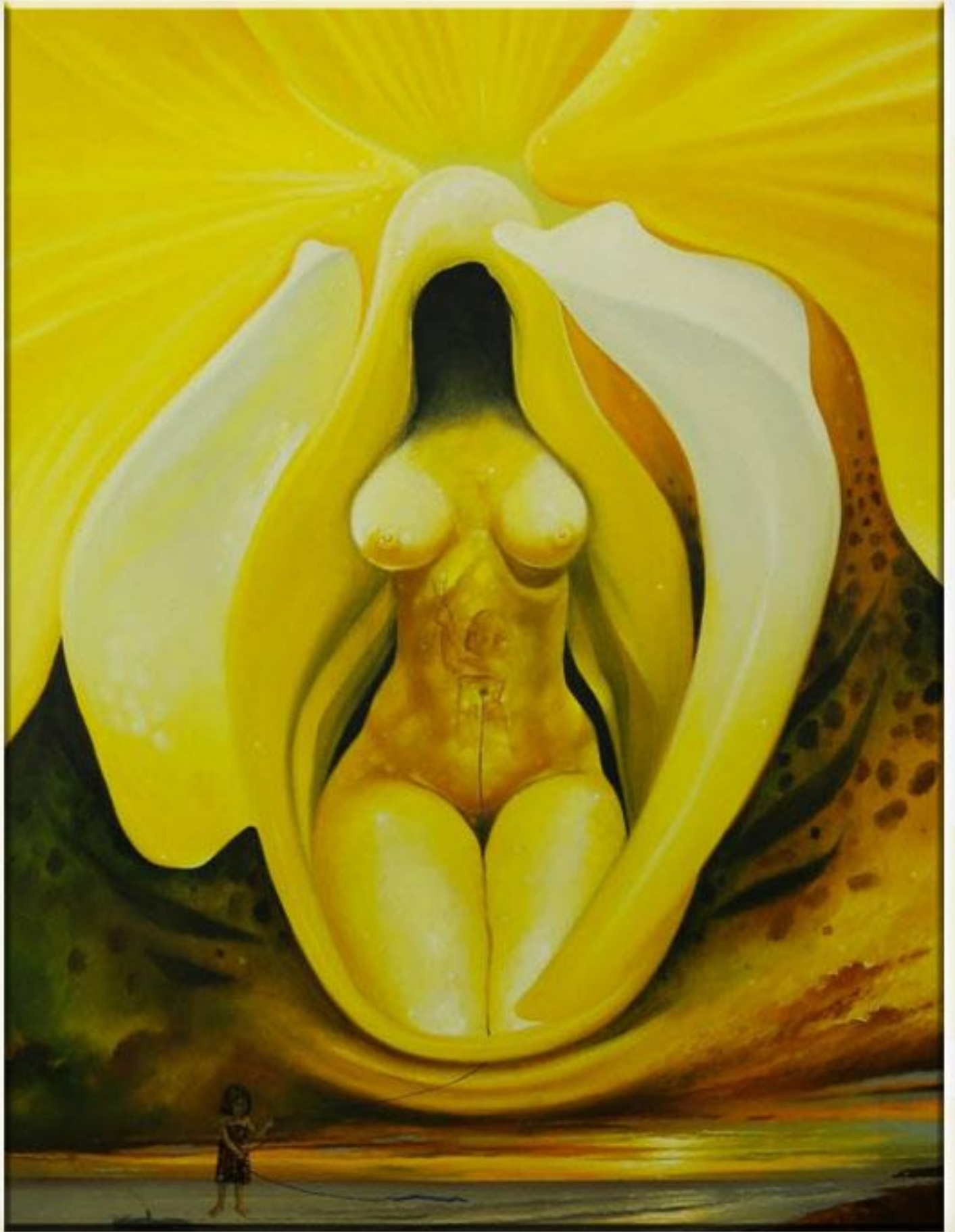
Gracias, doña Socorro, por expandir mis horizontes culturales.

Notas

¹ Hermina Del Valle Ruiz, conocida por Mina o Miss Del Valle falleció en Ponce el 6 de junio de 1994 a los 88 años. El Nuevo Día, “Obituarios”, martes 7 de junio de 1994, p. 122.

² Incorporación de don Luis A. Ferré a la Academia de Artes, Historia y Arqueología de Puerto Rico, Museo de Arte de Ponce, 8 de julio de 1988.

³ Carta de Socorro Girón a Gustavo Casanova Laforet, fechada el lunes 31 de diciembre de 1979. Copia a Otto Sievens Archivo de Otto.



Acrílico: “Al fin... despertar ”
Jorge L. Morales Torres